

EL BESO

Anabel nació en el preciso instante en que el Sol tenía cita con la Luna. Una cita de amor... Aquella mañana, los dos astros más bellos del universo avanzaron, lentamente, hasta tocarse. Ella, vestida de nácar y escarcha. Él, de fuego. Y con sus labios de plata, la Luna le dio un beso al Sol. Un beso tan largo que el Sol se apagó y un manto de oscuridad cayó sobre la Tierra.

La madre de Anabel sintió que un escalofrío recorría su cuerpo de arriba abajo y tuvo una corazonada:

—Anabel no será una bruja como las demás —le dijo a su hermana Filipa con un temblor en la voz.

—¿Y por qué no? —respondió ella.

—Será rara, será rara... —añadió susurrando—. ¿Acaso no has visto el cielo? Anabel ha venido al

mundo justo en el momento del eclipse. Cuando la Luna besaba al Sol. Por eso me temo lo peor.

–¿Lo peor? ¿Qué quieres decir? ¿Que tienes miedo de que no sea una bruja mala?

–Sí..., exactamente. O incluso..., incluso...

Su voz se quebró. Unas lágrimas tibias y grandes como cacahuets rodaron suavemente por sus mejillas.

–¡Vamos, habla! ¡Me estás poniendo nerviosa!
–gritó Filipa.

–Incluso se podría enamorar.

Filipa, la bruja más mala del mundo, no podía tolerar que su sobrina fuese una de esas chicas cursis que se enamoran. Sólo de pensarlo, una rabia sorda le atravesó la espina dorsal y se puso primero morada y después verde de ira. Y las rabetas de Filipa eran terribles, porque tenía tan mal genio que empezaba a vociferar y lanzar sapos y culebras a los cuatro vientos. Así pues, comenzó a dar vueltas por la habitación como gato encerrado, arrastrando, agitada, los faldones negros que cubrían sus puntiagudos zapatos y, gesticulando como una fiera, dijo chillando:

–¿Enamorarse? ¡Eso sí que no! ¡No, no y no!
¡No lo permitiré jamás! ¡Si es necesario, la vigilaré las veinticuatro horas del día para que semejante desdicha no ocurra nunca en nuestra familia!

¡Una bruja no se enamora! ¡Aj! ¡Qué asco! ¡Sólo de pensarlo me dan ganas de vomitar!

Y dicho esto, salió dando un portazo que retumbó por toda la casa.

MAGDALENAS CON MIEL

Pasaron los años y Anabel fue creciendo sin darse cuenta de que era diferente, rara, como lo presagió su madre el día en que la Luna le dio un beso al Sol. Descubría que no le gustaban las mismas cosas que a sus amigas. Ellas se divertían como locas cazando ratones en el bosque: los cogían por la cola, y después, ¡zas!, los lanzaban al aire con todas sus fuerzas. Incluso hacían concursos para ver quién los podía tirar más lejos. Anabel, en cambio, cazaba mariposas, y apenas les tocaba las alas para no hacerles daño. Luego, las guardaba cuidadosamente en una caja de cerillas hasta que las volvía a soltar, y nunca las tenía presas más de cinco minutos por temor a que se asfixiaran.

A la hora de cocinar, a todas ellas les encantaba remover en una gran cacerola el pan empapado en

leche. Lo hacían por turnos, pasándose unas a otras el cucharón de palo. Y les chiflaba preparar su postre preferido: ¡magdalenas! Pero Anabel las preparaba en una cazuela aparte, porque ella no utilizaba los mismos ingredientes que las demás brujitas... Mientras que las magdalenas de sus amigas estaban hechas de cola de lagarto, arañas y ciempiés, y apestaban, las suyas eran de frutos silvestres, manzanas maduras y miel de abejas, y su aroma acaramelado impregnaba toda la cocina en un abrir y cerrar de ojos. Anabel las encontraba deliciosas y le gustaba comérselas recién salidas del horno, tibias y suavitas. Pero sus amigas las aborrecían y le decían que sus magdalenas eran repugnantes y que era la peor cocinera que había sobre la faz de la tierra.

Con el paso de los años, lo que las separaba comenzó a ser tan grande como una montaña, y lo que las unía tan diminuto como un granito de arena. La gota de agua que colmó el vaso tuvo lugar el día en que la hermana mayor de Anabel, Aniseta, cumplió diez años y dio una fiesta en casa para celebrarlo.

Acudieron todas las brujitas del barrio y jugaron a darse patadas en la espinilla y a tirarse de los pelos. Anabel, en cambio, se puso una falda con flecos y empezó a bailar, sola, el charlestón.



–¿Qué haces, Anabel? ¿Estás loca o qué? –le preguntaron.

–Bailo porque me gusta la música y adoro el charlestón.

–Uhhh... Uhhh... –murmuraron las demás en coro–. Eres rara, eres rara.

Y ése fue el primer día en que Anabel las oyó decir: «Eres rara»..., pero no sería el último.